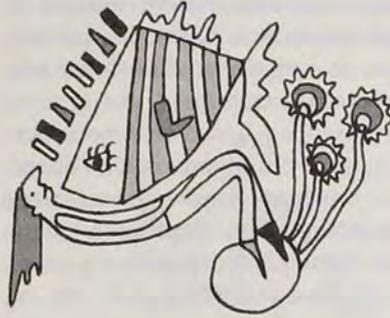


ma por la experiencia de una histerectomía. Como, por lo demás, había pasado por el “experimento” de inocularse el estreptococo mortal. Y aunque no vemos en qué ha consistido “lo difícil” de la vida conyugal entre 1927 y 1946, lapso en que se ha edificado una prestante familia de clase media alta con la dedicación y adoración a una hija única, suponemos, ya desde la perspectiva de 1964, que es cuando la “última” narradora recuerda, que nada ha sido fácil en su vida interior, si bien podemos ver todos los trazos de una vida literalmente entregada a su familia y su esposo, pues es claro que buena parte de sus gestiones para socorrer a su hija del drama social que la acecha consiste en impedir que el esposo se entere y deba afrontar lo que ella, sola, pondrá sobre sus hombros. Y en efecto, dieciocho años después del *affaire* de Noemí y su (¿primer?) aborto y treinta y tantos de su nacimiento, el bueno de Carlos Samudio lo ignora todo... ¿Qué clase de entrega a la familia, al proyecto familiar y maternal, es éste en que la esposa separa minuciosa y arduamente al marido de los dramas vitales de su hija y del suyo propio? Aquí, sin más elucubración, pero con una gran riqueza de auto-cuestionamientos y de posibilidades, reside el sesgo y la profunda directriz feministas de esta novela. ¿Un feminismo culpable o acusador? ¿Es la mujer la culpable de la irresponsabilidad familiar del hombre o más bien lo es el sistema de castas sociales y paternas de la Colombia del siglo xx? ¿Por qué no hace nada Alicia por, al menos, oponerse y desafiar a ese sistema en que se halla inmersa? Personalmente, pienso que sus aparentemente injustificados relatos, de 1926 y de 1964, lo están intentando, al revelar una interioridad que no se deja imponer paradigmas sociales y que no se arredra en el momento de exteriorizarse a través de la acción, contra toda convención, contra todo decoro. Al fin y al cabo, si su marido se hubiera enterado, si “la sociedad” se hubiera enterado tanto del “pecado” de su hija como de que ella le había

practicado un aborto, esta mujer hubiese asumido todas las consecuencias, todas... Hasta quedar en nuda mujer, en nuda madre.



Esta novela de Gonzalo Mallarino Flórez confirma, contra toda ortodoxia, que se puede hacer feminismo desde el “ala masculina”, lejos de la propaganda y de la novela de tesis. La narración no puede ser más discreta, si bien tras la construcción de las situaciones y el relato de sucesos, hacia los finales de capítulo o sección la intensidad emotiva nos gana y los finales sugestivos nos incitan inteligentemente a continuar, gracias al temple ético que se revela y al cada vez más importante reconocimiento del drama interior de la mujer narradora. En últimas, lo que novelísticamente hablando nos gana y nos tira adelante y hacia el final de la lectura, es llegar a saber si el relato se justifica, por qué se nos cuenta lo que se nos cuenta, como si postergásemos el momento de saber si estamos o no perdiendo el tiempo, pero con la cada vez menos secreta convicción de que no lo estamos perdiendo. La memoria de la narradora, que se apoya en la reiteración a falta de cualquier otra fuente declarada, y que a veces resulta de un detallismo psicológico notable y otras incurre en el error cronológico (como cuando escribe, por resaltar lo que no ha evolucionado entre 1926 y su presente, que se encuentra en el año 1962, o como cuando empieza una sección diciendo que “hoy es sábado” y termina diciendo “pasado mañana domingo”), su memoria, decimos, que es corta en el relato de 1926 y larga en el de 1964, nos en-

vuelve y nos hace cómplices y responsables de todo: del crimen, de la sordidez, de la cursilería, de la intimidad, de la enfermedad, de la reputación y de la culpa. Y a los lectores hombres nos recuerda que inevitablemente leemos con escorzo masculino, obligados a pensar y a sentir el *otro* escorzo, el otro lado.

ÓSCAR TORRES DUQUE

## Lo cotidiano en estilo impecable

### La escuela de la noche

William Ospina

Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2008, 200 págs.

Indudablemente la prosa de William Ospina, uno de nuestros más importantes escritores, es muy fluida. Su estilo transcurre directo, sin exaltaciones de ninguna índole. Puede comunicar al lector ideas precisas sin necesidad de recurrir al postulado francés según el cual si una cosa puede decirse enredada no hay necesidad de decirlo clara. Eso hace que, por lo menos en cuanto al estilo, uno pueda leerse un libro de Ospina de cabo a rabo, aprender mucho, deleitarse con su manera de escribir y ver al filósofo contemporáneo que hay en él: un filósofo de cosas cotidianas, que no se devana los sesos, ni hace que nosotros nos los devanemos, con planteamientos sobre esferas aéreas que después de volver a poner el libro en el estante no han modificado para nada nuestra vida, a duras penas nuestra manera de pensar o de inventarnos disyuntivas que ni siquiera se refieren a asuntos existenciales. Por eso, digo sin ambages que la prosa de este autor tolimense responde muy bien a la frase de Chesterton que él mismo cita en *La escuela de la noche*: “No me hablen oscuramente de las cosas claras. Háblenme claramente de las cosas oscuras” (pág. 120).

Eso es lo que toca al estilo. En lo personal, mi problema, si puede llamarse un problema, con William Ospina gira más en torno a los temas que aborda o, mejor, a la perspectiva desde la cual los aborda. Ahí es cuando empiezo a pelear con él, bueno, más benévola, a dialogar con él, a decirle, “pero William, mire esto, mire esto otro”. Sé que William Ospina es un escritor laureado en nuestro ámbito, que muchos de mis amigos y familiares lo respetan, que la crítica siempre es elogiosa con él y, si se quiere, yo comparto plenamente esta visión. Sin embargo, me gustaría utilizar este espacio para decir ciertas cosas que, como creo que queda claro, no tienen que ver nada con la limpieza y claridad del autor sino con los postulados que lanza, los cuales no dejan de generarme rebeldía y ganas de conversar con él de manera abierta. ¿Atrevido de mi parte? Puede ser. William Ospina ocupa un pedestal no sólo en nuestras letras sino como figura nacional consciente, crítica, mesurada y aguda. No digo que William Ospina se haya subido sólo a ese pedestal, o que no se le merezca, o que se sienta orgulloso de estar allí con sus laureles. Yo no conozco en persona a este autor, gloria entre los universitarios y los no tan universitarios. No obstante, intuyo que no es un ser vanidoso o que se crea poseedor de la verdad última, pese a que algunos de sus “seguidores” sí crean que él la tiene... Por eso, de manera atrevida o no, me lanzo a cuestionar a William, *excuse moi* por la confianza, con el ánimo de que se establezca una conversación interesada que creo que al final, complacería mucho a este gran periodista que es William Ospina.

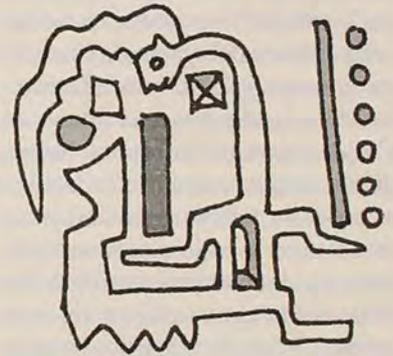
Al grano. En todos, o casi todos, los doce artículos que componen el contenido de *La escuela de la noche*, siento un eco reminisciente, un eco que parece repetir ideas como que todo tiempo pasado fue mejor, que regresemos a las épocas del buen salvaje, que detengamos a ese horrible monstruo de millones de cabezas que es la tecnología, que revivamos un ayer donde todos, y en especial los suramericanos, éramos

buenos chicos y chicas, etc. Los artículos de Ospina están llenos de citas eruditas y de frases sabias, citadas o de su propia cosecha, pero el tono (no estilístico sino de contenido) me recuerda, con persistencia, a ciertos profesores universitarios de mis épocas de la Antioquia, que aunque no eran declarada o descaradamente de izquierda, y por lo tanto mesurados y llenos de conocimientos, pero por alguna razón (bueno, por muchas razones que explicaban largamente) parecían querer detener la máquina del tiempo y devolverla para que llegáramos otra vez a una época dorada, en un lugar no muy preciso del tiempo, donde todos fuimos felices. En otras palabras: no puedo dejar de percibir en los textos de William Ospina un tono antiindustria, antitécnica, antimodernidad y antipomodernidad. Sus textos me parecen un poco como las canciones de Mercedes Sosa: llenos de fuerza, fluidos y poéticos, pero de alguna manera haciendo un llamado a que nos detengamos y regresemos a un pasado en el que podremos ser dichosos otra vez. Esta manera de ver el mundo me parece teñida de cristianismo: nuestra misión como especie y/o de manera individual pareciera ser regresar a ese paraíso perdido que está no se sabe con exactitud dónde o ¿por qué no? en el vientre de la madre virgen o la diestra del Dios padre. Pero, ya lo sabemos, esto, aunque lo deseáramos en forma ardiente, ¿no es posible! Tendríamos que no haber nacido, que no ser.

Para que no se me declare sospechosa de animadversión contra este autor, a quien admiro y respeto, ya lo dije, quiero aclarar que aunque me encanta la técnica no estoy, como lo dice Bob Dylan en alguna canción, en la labor de hacer una “alabanza a las malditas máquinas”. Sin embargo, mis preguntas con respecto al regreso a un pasado ideal sí son muchas. He aquí algunas de ellas:

¿Es posible y/o deseable echar para atrás los avances tecnológicos? Si mañana Internet dejara de existir, ¿seríamos más felices? ¿Eran

más felices los hombres y mujeres de siglos anteriores? ¿Hemos realmente caído de un paraíso y deberíamos regresar a él aunque esto implique nunca conocernos a nosotros mismos, nunca trabajar con lo que somos hoy? ¿La invención de las máquinas era evitable? Si el pasado fue mejor ¿cómo el hoy que es producto de un desarrollo anterior o, mejor dicho, de las acciones que hemos realizado en el pasado, puede ser tan terrible? ¿En qué momento hubo esa ruptura en la historia que nos desvió del hermoso y llano camino trazado en *illo tempore*, donde lo único que podía venir era mejor? ¿Cuándo fue que perdimos nuestra sabiduría? ¿Realmente sí era sabiduría?



La lista de preguntas podría llegar a ser interminable y las respuestas elusivas. Evidentemente, no es un cuestionario de respuestas cerradas y, estoy segura, de que William Ospina ha hecho grandes aportes a estas indagaciones de carácter filosófico. Estas preguntas son, para usar un planteamiento del autor, muy de franja amarilla, que sabe que no puede ser roja ni azul si quiere llegar a conclusiones sabias. No obstante, son preguntas que me agobian mientras leo los artículos recopilados en este volumen. No quiero dejar de hacer estas preguntas aunque no me gane popularidad entre los admiradores de William Ospina.

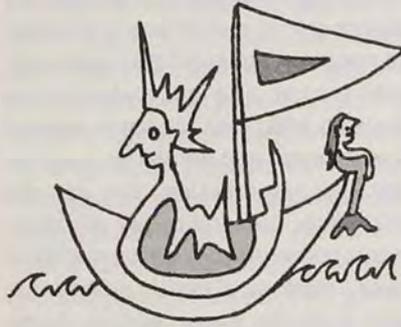
Como ya lo dije, *La escuela de la noche* está compuesta por doce artículos sobre diversos temas que abarcan asuntos como el valor sempiterno de la poesía, el origen y sen-

tido de la novela, la importancia del cuerpo para los griegos, el tango y el tango en Borges, una defensa del libro, posibles conexiones entre Hölderlin y los u'wa, y muchos otros temas y subtemas. Todos estos artículos, ya también lo dije, son bellamente escritos, llenos de observaciones inteligentes, poblados de citas eruditas en varios idiomas, en especial en italiano (por fortuna traducidas al español), y logran profundas penetraciones en asuntos filosóficos que se relacionan con nuestra vida individual y social hoy y en otros tiempos. Nada que objetar en este campo. Del libro de William Ospina uno puede extraer no sólo hermosas y profundas citas, sino también ideas muy fecundas, que uno sabe muy pensadas, no inclinadas al facilismo estético ni de contenidos.

Yo disfruté mucho el libro. Hasta me sentí invitada a estudiar en la escuela de la noche. De todos los artículos, hubo varios que me atrajeron y me pusieron a pensar en cosas muy importantes, por ejemplo, "La novela y la historia", en el que William Ospina hace importantes aportes para la comprensión no sólo del origen de la novela sino también de sus constituyentes y características diferenciales cuando se le compara con el cuento y el relato mítico o histórico. De hecho, creo que cualquiera que esté en la labor o bien de escribir una novela o bien de hacer crítica literaria, debería leerse este artículo en el que Ospina nos esclarece puntos claves, para sólo citar uno, como que la novela se diferencia de otros géneros porque "desde el comienzo fue un diálogo entre la ficción y la realidad, un diálogo entre lo verdadero y lo verosímil, un esfuerzo del mundo real por volverse ficción literaria y de la ficción por volverse realidad" (pág. 60).

Otro de los artículos que me gustó mucho fue "Las ciudades en la poesía", en el que aprendí cosas muy lindas, como que al inicio "desastre" quiere decir "lluvia de estrellas", y que la *Iliada* puede considerarse un poema urbano, "un canto a la destrucción de la ciudad" (pág. 33), que Baudelaire preconizó no sólo la poe-

sía maldita sino la poesía urbana, que no estaba equivocada cuando pensaba que hay "poetas [...] que saben que la plenitud de la vida está también en los antros infames y en las barriadas de la miseria [y que] la poesía está en cualquier parte y se [puede encontrar] incluso en [la] propia familia" (pág. 49).



De todos los artículos, el que más me gustó fue "Hölderlin y los u'wa" por las interrelaciones que el escritor Ospina encuentra, muy en su línea de pensamiento, entre este gran poeta alemán del siglo XVIII y los indígenas del nororiente de nuestro país, en lo que atañe a una manera particular de acercarse a la naturaleza. Este artículo, reminiscente del buen salvaje, ya lo dije, también es muy delicado en su manera de estar escrito y contiene ideas de gran sabiduría como ésta: "Los hombres de conquista parecían esforzarse por no encontrar en América nada que fuera radicalmente nuevo: querían reconocer en lo que veían las obsesiones de su mundo de origen" (pág. 162). Esta idea me parece sabia porque muestra de manera contundente cómo los seres humanos nos relacionamos con el mundo: no mediante la visión de la realidad sino de nuestras propias proyecciones mentales. Para mí, observaciones agudas como ésta invitan a pensar sobre la condición humana y ponen en duda planteamientos según los cuales existe una verdad única. Desde luego, no estoy planteando que exista una realidad allá afuera, independiente del sujeto que la observa, pero sí me parece muy interesante que reflexionemos sobre este tipo de cosas con miras a que se operen

cambios radicales en cuanto a planteamientos fundamentalistas que aseguran poseer la verdad, cuando muchas veces no se trata más que de una visión condicionada por el aferramiento a lo ya conocido.

Por todo lo que he dicho, *La escuela de la noche* me parece un texto que hay que leer. Esta lectura, claro, o por lo menos desde mi punto de vista, no debe ser pasiva. Sin pretender atribuirle a William Ospina intenciones no declaradas, pienso que cuando este autor escribe no es para revelarnos una verdad en la que tenemos que creer sin cuestionar, sino para atraernos a un diálogo con él, quien plantea de manera sutil ideas con mucha fuerza y que ameritarían discusiones muy profundas. Así mismo, creo que William Ospina hace honor en su texto al epígrafe de Nietzsche que utiliza para el libro: "Y que todos los días en que no hayamos danzado por lo menos una vez, se pierdan para nosotros; y que nos parezca falsa toda verdad que no traiga consigo cuando menos una alegría". El libro de William Ospina me permitió danzar con su pensamiento, a veces con pasos discordantes, pero danza al fin de cuentas, lo que le agradezco, y me trajo la alegría de constatar que en Colombia hay escritores muy fértiles y muy inteligentes, entre quienes se destaca este ensayista, novelista y poeta.

MÍRIAM COTES BENÍTEZ

## Extraña y corta

Lara

*Nahum Montt*

Editorial Alfaguara, Bogotá, 2008,  
214 págs.

No sé si Carlos Vives está invitando a la niña de su corazón a regresar a Colombia cuando le dice en su canción "[...] espero tu regreso a la tierra del olvido [...]". Da casi igual